

DIEGO VELÁZQUEZ
Cabeza de niña

[Ca. 1618-1620]
Dibujo: lápiz negro sobre papel agarbanzado
verjurado; 150 × 117 mm
En el reverso del segundo soporte,
a lápiz negro, dibujo de retrato masculino
del siglo XIX
Dib/16/40/22

De los escasos dibujos atribuidos a Diego Velázquez por los diferentes historiadores (apenas seis), la Biblioteca Nacional de España conserva cuatro: los dos de muchacha que se presentan en esta exposición y los preparatorios para *Las lanzas*, además de la *Vista de Granada*, que en algún momento se ha atribuido a Alonso Cano. Es, por tanto, un elenco lo suficientemente importante para conferir a esta institución una referencia indiscutible en la conservación y el estudio de los dibujos de nuestro artista más universal, toda vez que los de muchacha presentan una unanimidad absoluta sobre su atribución, singularidad y maestría. A esto podemos añadir también que el dibujo que nos ocupa, como su compañero, ostentan el valor añadido de ser testimonios incuestionables de la actividad gráfica del pintor sevillano en sus años de juventud. En su *Arte de la pintura*, Pacheco da cuenta de la dedicación al dibujo de Velázquez en los años sevillanos utilizando el papel azul, el carbón y la tiza, y plasmando en sus esbozos de cabezas una atención especial a las expresiones cambiantes de los rostros. Efectivamente, el estudio de los *affecti* fue una de las preocupaciones fundamentales en los años de aprendizaje del artista, y esto se ve reflejado perfectamente en estos dibujos femeninos, al igual que en sus escenas de bodegón, donde prima la intencionalidad de plasmar las reacciones psicológicas de los personajes. El análisis de las facciones humanas y lo que podríamos llamar el retrato psicológico fue una de las dedicaciones a las que Velázquez prestó una mayor atención. Es lo que se descubre detrás de esta delicada cabeza de mujer joven captando su mirada penetrante y unas facciones en todo familiares a otras mujeres de su repertorio, y que han sido adelantadas a primer plano en un evidente protagonismo de la modelo y con una prodigiosa inmediatez de trazo, como señaló Alfonso Pérez Sánchez. La joven nos resulta familiar al presentar unos labios apretados y pequeños y un mentón delicado, observando cierto parecido tanto con la *Sibila* del Museo del Prado como con la *Santa Rufina* de la Fundación Focus-Abengoa. Está claro que es alguien cercano al artista, que infunde a su dibujo un deseo de inmediatez e intimidad subrayado por el soberbio empleo del lápiz negro que gradúa suavemente el trazo e intensidad en sus facciones fisonómicas, configurando un delicado retrato de alguien cercano. Se ha sugerido en algunas ocasiones que tanto este dibujo como el siguiente –que corresponde para algunos a la misma mujer, y para otros a un modelo diferente– estén relacionados con sus hijas: Francisca e Ignacia. Nada seguro se puede decir al respecto, toda vez que su hija Francisca nace en 1619 e Ignacia en 1621, pero sí desde luego que ambos dibujos representan a personas del círculo más íntimo del artista. También se ha supuesto que el segundo dibujo sea la misma mujer en una edad más avanzada, lo que no podemos descartar por el evidente aire de familia que se respira entre ambos dibujos. Quizá advertimos más en este la concomitancia en la técnica con la de Pacheco en sus dibujos del



Dib/16/40/22

Libro de retratos, donde un manejo del lápiz de origen flamenco intenta infundir a los modelos una mayor precisión en sus facciones. Sin embargo, con respecto a esta forma de dibujar, Velázquez sabe insuflar en sus cabezas algo completamente nuevo que es precisamente la vida, la verosimilitud, el aire de verdad que separan lo distante y frío que puede representar el *ductus* de Pacheco, hacia lo vivo y cotidiano que se respira detrás de la piedra negra empleada en este dibujo. Esos trazos se hacen más intensos en las zonas de sus cabellos, que son precisamente los que, graduando la intensidad de su presencia, nos hacen percibir ese aire fresco y desenfadado que convierte a este dibujo en una de sus primeras conquistas de la realidad. No se suele subrayar el importante efecto que consigue el artista en el recogido de la toca en su parte inferior, bajo la barbilla, y en el lateral de su cabeza. Unos leves trazos esquemáticos son los que sugieren el nudo. López Rey fue quien propuso una fecha temprana para el diseño, hacia 1618, por su relación con la mujer más joven de *Cristo en casa de Marta y María*, hipótesis respaldada por Checa, en lugar de la fecha propuesta por otros historiadores como Manuela Mena, que lo fecha hacia

1620-1622. Ambas hipótesis respaldarían que la retratada pueda ser Juana Pacheco, si es que cuando hizo la *Sibila* del Prado usó como modelo a su mujer, pues es evidente el aire de familia entre ambas obras. El dibujo procede de la colección Madrazo, y, gracias a la observación de Isabel García-Toraño, ha podido identificarse en la parte inferior, muy perdida, una posible marca de colección en forma de landa similar a la del siguiente dibujo y también a la del *San Juan Evangelista* del Greco, conservado en la Biblioteca Nacional de España, lo que abre las puertas a una investigación sobre este signo.

Benito Navarrete Prieto

Velázquez